

SÁNCHEZ-CASTAÑER, Francisco: *Estudios sobre Rubén Darío*. Madrid, Cátedra Rubén Darío, Universidad Complutense, 1976.

El profesor Francisco Sánchez-Castañer ha reunido diez estudios sobre Rubén en un volumen de 250 páginas. La mayoría de ellos habían aparecido ya en distintas revistas o series científicas. Casi todos adoptan el punto de vista temático, que puede ser tan fructífero aplicado a una obra como la de Rubén. (Pedro Salinas lo demostró de sobra con su magistral y atractivísimo libro.) Algunos trabajos son circunstanciales y cortos. Varios de ellos constituyen aportaciones que será preciso tener en cuenta. Uno, *Rubén Darío y el mar*, con más de cien páginas, es por sí sólo un verdadero libro, núcleo central de este volumen.

Recapitemos algunos puntos que me parecen importantes. El tema de los prólogos de Rubén a sus libros poéticos, además de escasamente tratado, posee interés indudable, pues nos permite atender a importantes reflexiones estéticas. Así, por ejemplo, la interesante meditación sobre la música de las ideas (página 18). O la necesidad de no desatender el posible contenido social del modernismo: «Estamos lejos de la conocida comparación del arte con el juego», afirmó Rubén en *El canto errante*. No quiero olvidar, tampoco, la bonita alusión a Lulío: «¿Crecéis que este fénix resucitado contenga menos que lo que puede dar a la percepción filosófica de hoy cualquiera de los *reporters* usuales en cátedras periodísticas y más o menos sorbónicas del día?».

En los cuentos de *Azul*, Sánchez-Castañer estudia la faceta fantástica, poniéndola en relación al «realismo mágico», término, hoy, tan empleado para referirse a las últimas manifestaciones del relato hispanoamericano. (Por ejemplo, en *Alejo Carpentier*.)

Al estudiar la «coincidencia poética» de Góngora y Rubén sobre el tema del tiempo, Sánchez-Castañer sabe ser lector precavido: «No pretende plantear este comentario, ni una similitud formal entre poemas de ambos colosos de la lírica hispánica, ni tan siquiera posibles igualdades temáticas, fruto, en ciertos casos, de origen o tradición común. Sí, más bien, anotar, subrayar la concurrencia paralela de procedimientos o pensamientos análogos, brotados, espontánea y casualmente en personalidades distintas, aunque del mismo oficio. En una palabra, meras 'coincidencias'; otro tipo de afirmación, posible siempre, sería demasiado arriesgada y aventurada. Es mucho lo que separa a uno y otro autor, no obstante que algo los una» (pág. 31). Siguiendo a Pedro Salinas, considera, en la obra del poeta, el tiempo en función de amor carnal. No se trata sólo, desde luego, de un puro tema literario, sino también de una auténtica experiencia vital (pág. 40). Los poemas de Rubén y de Góngora terminan —no podía ser de otro modo— dramáticamente: el crítico anota sus semejanzas y diferencias expresivas.

Uno de los estudios de mayor envergadura del volumen es el dedicado a las huellas épicas en la poesía de Rubén Darío, que se manifiestan de diferentes formas: 1. Simple mención de nombres de grandes poetas épicos. 2. Utilización de apelativos derivados de ese mundo. 3. Aparición, tardía, de la invocación personal hacia héroes concretos o sujetos de la épica histórica. 4. Desarrollo amplio del tema épico en poemas completos (pág. 49). Queda, así, totalmente demostrado que el recuerdo de la épica «estuvo presente, sin duda alguna, en la sensibilidad del poeta nicaragüense».

Intimamente unidos están los trabajos dedicados a Andalucía, las ciudades andaluzas y Málaga en la visión de Rubén. Señalemos sólo cómo el crítico parte de la formación exoticista de Rubén, imaginada, con base americana, y comprueba cómo el poeta quiso superar el pintoresquismo superficial para adentrarse en el auténtico secreto andaluz (págs. 230-231).

Como ya he mencionado, el estudio sobre *Rubén y el mar* constituye, por sí solo, un verdadero volumen. Para sintetizar rápidamente, diré que el crítico comprueba y demuestra, con una minuciosa lectura de textos, que el poeta maneja todas las posibilidades expresivas del tema, encuadradas en cuatro grupos: 1. Descripciones. 2. Metáforas de base marina. 3. Evocaciones culturales, sobre todo del mundo grecolatino. 4. Presencia auténtica del mar como verdadero protagonista, con el cual se dialoga (págs. 179-180). No se trata, pues, de un lugar común literario, sino de una verdadera preferencia personal. Rubén —se concluye— merece el título de Poeta del Mar.

Una y otra vez, a lo largo de este rápido resumen, han aparecido notas comunes en los distintos estudios que componen el volumen. En efecto, el libro posee un carácter unitario a pesar de los diversos estudios, porque se reconoce fácilmente la mano del crítico. Varias veces recuerdo, con orgullo, haber sido discípulo del admirable don Pedro Salinas. Para el crítico, la literatura continúa y proyecta una experiencia viva del creador. (Y del crítico también, añadiría yo). Por eso, puede asomarse en alguna ocasión el crítico y aportar el testimonio de una experiencia personalmente vivida: «Yo, que he sido testigo de...» (página 187). Busca, en general, «la vivencia constante de Darío en sus poemas, los cuales adquieren indudable valor autobiográfico» (pág. 179). Consideración de la obra, así, pues, unida a la persona, sin formalismos asépticos.

Y, como es lógico, preferencia por el Rubén íntimo, profundo: «De nuevo frente a frente el Rubén contemplador, artista, sensitivo y colorista, y el otro, humano, recóndito, íntimo y lírico excepcional. Como en diversas facetas rubenianas, según mi criterio, con ventaja para el segundo» (pág. 184).

Recuerda el crítico cómo Rubén, adorador de la gracia, del «ángel» (igual que Lorca, por ejemplo), declaraba: «Pido exegetas andaluces.» Sin ánimo de hacer literatura y como simple dato, recordemos que Sánchez-Castañer lo es, y que su crítica no lo oculta.

Un dato final: el autor de este volumen ha sido el primer catedrático por oposición de literatura hispanoamericana en una universidad española. (Se ha producido esto, para nuestra vergüenza, hace muy pocos años). Este libro inicia las publicaciones de la Cátedra Rubén Darío, que dirige en Madrid. Desde esa perspectiva, concluye el volumen pidiendo «organizar y aumentar los estudios de literatura hispanoamericana en los centros oficiales españoles de educación». Ese sería, desde luego, el modo mejor, más concreto y realista, de homenaje a Rubén. Todos los que, de un modo u otro (y con no pequeñas dificultades), nos hemos acercado con admiración a ese fascinante paisaje literario no podemos por menos de suscribir rotundamente esas palabras.